

LA DOCTRINA DE LA IGLESIA APOSTÓLICA

Introducción

"La teología cristiana surgió de la misión de la Iglesia". La Iglesia comenzó con un credo muy sencillo, reflejado en 1 Timoteo 3:16. Según el apóstol Pablo, el "*misterio de la piedad*" se puede resumir en seis líneas, quizá de un himno:

*"Dios fue manifestado en carne,
Justificado en el Espíritu,
Visto de los ángeles,
Predicado a los gentiles,
Creído en el mundo,
Recibido arriba en gloria".*

Posteriormente, los concilios ecuménicos de la Iglesia elaboraron credos más complejos, como los credos de Calcedonia y Constantinopla. Estos credos reflejan el desafío de predicar el evangelio a los griegos, quienes hacían muchas preguntas a la Iglesia de índole teológico.

"Creemos en un solo Dios, Padre Todo soberano, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

"Y en un solo Señor Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos; Luz de Luz, verdadero Dios de Dios verdadero; engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; quien por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por el Espíritu Santo fue encarnado de María, la virgen, y fue hecho hombre; y por nosotros fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día conforme a las Escrituras, y ascendió al cielo, y está sentado a la diestra del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y cuyo reino no tendrá fin.

"Y en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, quien junto con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, y quien habló por los profetas.

"Y en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.

"Confesamos que hay un solo bautismo para la remisión de los pecados;

"Y esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo por venir. Amén."

Luego, después de la Reforma Protestante, se elaboraron credos muchos más largos, como la Confesión de Fe de Westminster, que contiene treinta y tres capítulos. Esto fue el resultado de la lucha contra la Iglesia Católica y también pugnas internas entre los Protestantes. Queda claro que la misión de la Iglesia produjo una complejidad teológica. Esto no es malo, porque la Iglesia se ha visto en la necesidad de aclarar bien su fe. Lo problemático es que en el camino hemos perdido algo de la esencia de la fe apostólica, que debemos tratar de recuperar, sin perder la convicción de que las bases teológicas de nuestra fe son de vital importancia.

El propósito de esta sección del curso es contestar dos preguntas. Primero, ¿qué fue lo que los apóstoles enseñaron al inicio y cómo fue cambiando esa enseñanza a lo largo de la época apostólica? La segunda pregunta sería, ¿cómo llegaron a formular esas enseñanzas?

Lucas afirma que después de Su resurrección, el Señor Jesús pasó tiempo enseñando a los apóstoles (Hch. 1:3). Sin embargo, parece que se limitó a enseñarles que Su muerte y resurrección fueron el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento (ver Lc. 24:25-27). No les explicó en detalle por qué murió o qué relación había entre Su muerte y el perdón de los pecados. Por eso los apóstoles seguían pensando en términos de la teología del Antiguo Testamento (Hch. 1:6).

Fue el Espíritu Santo quien por fin ayudó a los apóstoles a entender el significado de la muerte y resurrección del Mesías, conforme a la promesa del Señor (Jn. 14:26; 15:26; 16:13). Fue sobre la base de este entendimiento, que poco a poco desarrollaron la teología que conformó "la doctrina de los apóstoles" (Hch. 2:42), entendiéndose que esa enseñanza no fue algo estático, sino que fue evolucionando en la medida que los apóstoles reflexionaban y tuvieron que contestar nuevas preguntas.

El mensaje de Pedro en Hechos 2 muestra un avance sobre lo que entendían en Hechos 1:6. Sin embargo, aun en este mensaje solo menciona la muerte y resurrección del Mesías (vv. 23-24, 30 y 36); no explica en detalle la relación que había entre la muerte de Cristo y el perdón de los pecados, aunque habría que notar lo que Pedro promete en el v. 38.

A partir del Día de Pentecostés, los apóstoles comenzaron a reflexionar con mayor profundidad acerca de las implicancias teológicas de la muerte, resurrección y exaltación de Cristo. Les costó bastante entender que la muerte del Señor estableció un nuevo pacto (Mt. 26:28), y que este nuevo pacto cambiaría radicalmente la teología del Antiguo Testamento (ver Heb. 8:6-7, 13). Todos los apóstoles participaron en este proceso, pero indudablemente Pablo jugó el papel más importante en el desarrollo de la teología de la Iglesia Apostólica.

A continuación, presentamos las principales doctrinas que formaron la base para la teología cristiana. Por las limitaciones del tiempo, no podremos elaborar una teología completa del Nuevo Testamento. Nos contentaremos con presentar solo un esbozo de las doctrinas apostólicas que vemos reflejadas en los documentos del Nuevo Testamento. Estas doctrinas fundamentales han sido analizadas por dos mil años y dieron lugar a la complejidad de la teología cristiana en la actualidad.

1. JESÚS DE NAZARET ES EL MESÍAS

Desde los tiempos antiguos, Dios prometió a Su pueblo que un día enviaría una figura mesiánica, relacionada con la dinastía de David, quien establecería el reino de Dios y salvaría a Su pueblo (Gn. 49:10; Nm. 24:17-19; Mi. 5:2; Is. 11:1-9; 9:6-7). Moisés afirmó que sería un legislador como él lo fue y que sería el mediador entre Dios y los hombres (Dt. 18:15-19). Isaías lo llamó el Siervo Ungido quien salvaría al pueblo de Dios, estableciendo justicia en la Tierra (Is. 42:1-4; 49:5-6; 61:1-6).

Por eso, cuando Juan el Bautista comenzó a predicar, diciendo: "*Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado*" (Mt. 3:2), los judíos entendieron que estaba anunciando la llegada del Mesías, conforme a las profecías de Isaías 40:1-5 y Malaquías 3:1-4; 4:5-6. Por eso se emocionaron y viajaron de todas partes para ser bautizados por él (Mt. 3:3-6).

Algunos de los futuros apóstoles acudieron a Juan el Bautista, confiando que muy pronto el Mesías se manifestaría. Cuando Juan identifica a Jesús de Nazaret con el Mesías, esos hombres comenzaron a seguirlo (Jn. 1:35-49).

La identificación de Jesús de Nazaret como el Mesías permitió a los apóstoles leer el Antiguo Testamento con nuevos ojos. Los datos de la vida y el ministerio de

Jesús les permitió entender mejor lo que el Antiguo Testamento decía de Él. Descubrieron nuevos pasajes mesiánicos. Por ejemplo, el nacimiento virginal de Jesús (ver Mt. 1:18-23; Is. 7:14); Su ministerio en Galilea (ver Mt. 4:12-16; Is. 9:1-2); los milagros y las sanidades que hizo (ver Mt. 8:16-17; Is. 53:4); la tranquilidad de Su ministerio (ver Mt. 12:15-21; Is. 42:1-4); la incredulidad de los judíos (ver Mt. 13:10-15; Is. 6:9-10).

Los apóstoles siguieron al Señor porque estaban seguros de que Él, siendo el Mesías, redimiría a Israel (ver Lc. 1:68; 2:38). El problema fue que no entendieron bien todas las profecías mesiánicas y la muerte del Señor no solo los tomó de sorpresa, sino que cuestionó su fe en Él (Lc. 24:19-21). Esto se debió en gran medida al velo que aún quedaba sobre sus ojos (ver 2 Co. 3:14-18). Por eso el Señor después de la resurrección declara que eran *"insensatos, y tardos de corazón para creer..."* (Lc. 24:25-26).

Antes de volver al cielo, el Señor empezó el proceso de abrir sus mentes y enseñarles que todo el Antiguo Testamento apuntaba a Él (Lc. 24:27, 45-49). Ahora estaban preparados para uno de los primeros elementos de *"la doctrina de los apóstoles"*, que era simplemente enseñar a todo el mundo que el Mesías prometido ya vino y es Jesús de Nazaret (Ver Hch. 2:22-24, 32-33, 36; 3:13-16; 4:10-12; 9:22; 17:2-3).

Esta fue la clave interpretativa para leer las Escrituras de los judíos con ojos cristianos. Como veremos a continuación esto tuvo consecuencias doctrinales muy importantes que llevó a los apóstoles algunas décadas para lograr entender bien. Por ejemplo, si Jesús de Nazaret es el Mesías y Él murió crucificado, esa muerte no pudo haber sido un trágico accidente sino el mismo plan de Dios (ver Hch. 2:23). Pero si ese fue el plan de Dios, ¿qué era lo que Dios tenía en mente? ¿Cuál fue el propósito de la muerte del Mesías?

Antes de estudiar ese tema, hay uno que debemos considerar que fue central en la predicación apostólica, pero que hoy en día minimizamos o pasamos por alto por completo.

2. EL MESÍAS ESTABLECIÓ EL REINO DE DIOS

Antes de volver al Padre, el Señor dejó a los apóstoles la Gran Comisión. Su tarea era discipular a todas las naciones (Mt. 28:19); es decir, hacer que todas las naciones se conviertan en seguidores de Cristo y se sometan a Su autoridad (Mt. 28:18). Una parte esencial de tal comisión era enseñar (griego, *'didasko'*) *"que guarden todas las cosas que os he mandado"* (Mt. 28:20). Por lo tanto, en Hechos 2:42, cuando leemos que los miles de recién convertidos *"perseveraban en la doctrina de los apóstoles"*, lo que Lucas está diciendo es que todos seguían la enseñanza (*'didaje'*) de los apóstoles.

Claramente, a la luz de la Gran Comisión, la *"doctrina"* o *'enseñanza'* de los apóstoles era lo mismo que la *"doctrina"* (*'didaje'*) del Señor (Mt. 7:28). Esta enseñanza era mayormente práctica, como en el Sermón del Monte, aunque tenía algunos elementos doctrinales, como la doctrina de la resurrección (Mt. 22:29-33).

En Lucas 24:47, el Señor resalta los dos temas centrales de Su enseñanza que los apóstoles tenían que transmitir a otros: *"arrepentimiento y el perdón de pecados"*. Así traduce la RV 1960. Sin embargo, cuando miramos el texto en griego vemos que lo que el Señor dijo fue: *"arrepentimiento para el perdón de los pecados"*. Es la misma expresión que tenemos en Lucas 3:3.

Si queremos entender bien la enseñanza del Señor y por ende de la Iglesia Apostólica, tenemos que volver al ministerio de Juan el Bautista. Cuando Él empezó a predicar, su mensaje era claro y desafiante: *"Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado"* (Mt. 3:2). Este mensaje tiene que ser entendido a la luz la escatología del Antiguo Testamento, que se remonta a las palabras de Moisés en Deuteronomio 30:1-3, 9-10.

En el tiempo de Juan el Bautista, el pueblo de Israel estaba disperso por todo el mundo, y los que vivían en Palestina eran muy pobres. Anhelaban que Dios hiciera algo para rescatarlos. La promesa del Antiguo Testamento era que un día, Dios intervendría en la historia de Israel, enviando al Mesías para establecer el reino de Dios y salvar a Su Pueblo. El mensaje de Juan el Bautista era que ese tiempo estaba por llegar; por lo tanto, tenían que hacer lo que Moisés había ordenado siglos atrás: arrepentirse (Lc. 3:8).

Ante la pregunta de qué tenían que hacer para manifestar los frutos del arrepentimiento, Lucas fue claro. Tenían que compartir sus bienes materiales (Lc. 3:11), no exigir más de lo legal (Lc. 3:13), no maltratar a otros y contentarse con lo que uno tiene (Lc. 3:14). Esas exigencias nos llevan al tema del reino de Dios, y para entender este asunto tenemos que retornar al Antiguo Testamento.

Cuando Dios salvó a Israel de la esclavitud en Egipto, lo que tenía en mente era formar un reino (Ex. 19:6). Aunque ese reino iba a tener un rey terrenal (Dt. 17:14-15, 18-20), el verdadero Rey era Jehová (1 Cr. 29:11-12). Por eso, Israel no pudo entrar a la Tierra Prometida y hacer lo que querían, porque tenían que manifestar el reinado de Dios.

Eso empezó con la repartición de la tierra de Canaán entre las doce tribus. Dios decidió quién tendría qué parte y cada uno tenía que contentarse con lo que tenían. No podían vender su tierra en forma permanente, porque la tierra era de Dios. Nadie podía acumular muchas tierras y empobrecer a otros. Tenía que haber justicia y misericordia, apoyando a los más necesitados. Eso era lo que Dios quería en Su reino. Siguiendo las leyes de Dios, la nación de Israel disfrutaría la bendición de Dios y serían un testimonio a todo el mundo (Dt. 4:5-8).

Lamentablemente, el pueblo de Dios no vivió de acuerdo con la ley de Dios. En lugar de someterse a Dios, se fueron tras los ídolos e hicieron caso omiso de la ley divina. Por eso experimentaron el juicio de Dios y terminaron en el exilio. Lo que Dios prometió fue que un día intervendría en la historia, enviando al Mesías que establecería el reino de Dios. Eso fue lo que Juan el Bautista anunció, y luego el Señor Jesús (Mt. 4:23-25; 5:3, 9:35-38; 10:1, 5-10).

El Señor Jesús, en Su enseñanza, inculcó los valores del reino. Por ejemplo, en el Sermón del Monte. Exigió que Sus discípulos vivieran vidas sencillas, dependiendo de Dios (Mt. 6:33). Exigió al joven rico que vendiera todo lo que tenía y se lo diera a los pobres, porque esos son los valores del reino de Dios. Suena desafiante, pero tales demandas fueron acompañadas por sanidades y milagros que confirmaban el poder de Dios entre ellos, con la capacidad de solucionar todos sus problemas y darles una vida de gozo y paz.

Sería interesante hacer un análisis de cada referencia al reino de Dios en los Evangelios (ver Mt. 12:28; 13:11, 19; 19:24; 6:10, 13; Jn. 3:3, 5). Este era el evangelio del reino, que había que predicar en todo el mundo (Mt. 24:14).

Todo eso fue lo que el Señor quiso que los apóstoles enseñaran. Sabiendo eso, es natural que los apóstoles hayan pensado que el Señor resucitado estaba por implementar plenamente el reino en Israel (Hch. 1:6). Pero el anhelo del Señor era que el reino de Dios se extendiera por toda la Tierra. Felipe predicó el reino de Dios en Samaria (Hch. 8:12); también lo hizo Pablo (Hch. 14:22; 19:8; 20:25; 28:23, 31).

Ahora entendemos por qué los primeros seguidores de Cristo fueron tan generosos (Hch. 2:42-47). ¡Este era la expresión visible del reino de Dios! Los apóstoles pidieron la manifestación del poder del reino (Hch. 4:29-37; ver Mt. 12:28). Esta era la 'doctrina' principal de la Iglesia Apostólica, y lo vemos reflejado en otros escritos como *La Didajé*, la carta de Clemente de Roma a la iglesia en Corinto, y la primera apología de Arístides.

"4. Abstente de codicias carnales y corporales. Si alguno te diere un golpe en la mejilla derecha, ofrécele también la izquierda, y serás perfecto. Si alguno te forzare a caminar con él una milla, acompáñale otra más. Si alguno te quitare tu capa, dale también tu túnica. Si alguno

te tomare lo que es tuyo, no se lo reclames; porque no puedes (hacerlo).

5. Da a todos los que te pidan, y no lo reclames (después). Porque el Padre quiere que se dé a todos de sus propias dádivas. ¡Bienaventurado el que da según el mandato, porque es inocente! ¡Ay, empero, del que tome! Porque quien tome por necesidad, es inocente. Mas quien no tuviere necesidad, habrá de dar cuenta de por qué tomó y para qué. Le tomarán preso y le interrogarán de lo que hizo; y no saldrá de allí hasta que haya devuelto el céntimo."

La Didajé, I, 2-5

"De modo que, por esta razón, no cometen adulterio ni fornicación, no dan falso testimonio, no niegan un depósito, ni codician lo que no es suyo. Honran a su padre y a su madre; hacen el bien a sus vecinos, y cuando son jueces juzgan con rectitud. No adoran ídolos con forma humana. Lo que no desean que otros les hagan, no lo practican con nadie, y no comen de las carnes de los sacrificios a los ídolos, porque son puros. A los que les causan dolor los consuelan y los hacen sus amigos; y hacen el bien a sus enemigos; y sus esposas, oh rey, son puras como vírgenes, y sus hijas modestas; y sus hombres se abstienen de todo matrimonio ilícito y de toda impureza, con la esperanza de la recompensa que les espera en otro mundo. En cuanto a sus siervos o siervas, o a sus hijos, si alguno de ellos los tiene, los persuaden a convertirse al cristianismo por el amor que les tienen; y cuando lo han hecho, los llaman sin distinción hermanos. No adoran a dioses extraños; caminan con toda humildad y bondad, y no se encuentra falsedad entre ellos. Se aman los unos a los otros, y no apartan su rostro de las viudas. Rescatan al huérfano de quien le hace violencia, y el que tiene da al que no tiene, sin rencor, y cuando ven al extranjero lo llevan a sus moradas, y se regocijan por él como por un verdadero hermano; porque no llaman hermanos a los que lo son según la carne, sino a los que lo son según el espíritu y según Dios. Cuando uno de sus pobres fallece, y alguno de ellos lo ve, entonces se ocupa de su entierro según sus posibilidades; y si oyen que alguno de los suyos está preso u oprimido por el nombre de su Mesías, todos se ocupan de sus necesidades, y si es posible liberarlo, lo liberan.

Y si entre ellos hay algún hombre pobre o necesitado, y no tienen abundancia de lo necesario, ayunan dos o tres días para poder proveer a los necesitados con el alimento necesario. Y observan escrupulosamente los mandamientos de su Mesías: viven con honestidad y sobriedad, tal y como les ordenó el Señor su Dios. Cada mañana y a todas horas, por la bondad de Dios hacia ellos, le alaban y le glorifican: y le dan gracias por su comida y su bebida. Y si alguna persona justa de entre ellos fallece, se regocijan y dan gracias a Dios, y siguen su cuerpo, como si se trasladara de un lugar a otro; y cuando nace un hijo de alguno de ellos, alaban a Dios, y si vuelve a morir en la infancia, alaban a Dios poderosamente, como a alguien que ha pasado por el mundo sin pecados. Y si ven que uno de los suyos ha muerto en su iniquidad o en sus pecados, lloran amargamente y suspiran por él, como por alguien que está a punto de ir al castigo. Tal es la ordenanza de la ley de los cristianos, oh rey, y tal es su conducta...

Pero las buenas obras que hacen, no las proclaman a los oídos de la multitud, y se cuidan de que nadie las perciba, y ocultan su don, como quien ha encontrado un tesoro y lo esconde. Y se esfuerzan por ser

justos como aquellos que esperan ver a su Mesías y recibir de Él las promesas que les ha hecho con gran gloria”.

Arístides, *Apología*, caps. 15-16

Esta enseñanza fue una de las razones principales por la que la Iglesia Apostólica creció tanto en estas primeras décadas. No fue por doctrinas intelectuales, sino por la vida práctica de los creyentes, que implementaron el reino de Dios. Ver Romanos 14:17; 1 Corintios 4:20; 6:9-10; 15:24; Colosenses 1:13; 1 Tesalonicenses 2:12; Hebreos 12:28.

Esto es algo que muchos sectores de la Iglesia Evangélica contemporánea han perdido de vista. Lejos de promover los valores del reino de Dios, promueve los valores de este mundo – el materialismo, el individualismo, el entretenimiento, etc.

3. EL SIGNIFICADO DE LA MUERTE DE CRISTO

Los Evangelios indican con mucha integridad histórica que los apóstoles se sorprendieron por la muerte de Cristo (Lc. 24:19-21a). A pesar de Sus advertencias al respecto (Lc. 9:22, 43-45; 18:31-34), los apóstoles confiaban que Él tenía el poder para vencer a las autoridades humanas y establecer el reino de Dios (Lc. 24:19-21). Por eso, la muerte de Cristo los destrozó anímica y espiritualmente. Fue solo cuando el Señor resucitó de los muertos que los apóstoles comenzaron a darse cuenta de que la misión de Cristo era algo mucho más amplia de lo que ellos se imaginaban y que el enemigo principal que tuvo que derrotar fue el pecado.

Con la ayuda del Espíritu Santo, los apóstoles hicieron dos cosas: se acordaron de varios dichos del Señor que apuntaban al significado de Su muerte y también volvieron a leer el Antiguo Testamento a la luz de las enseñanzas de Cristo (Jn. 14:26). De esa manera, poco a poco fueron entendiendo las implicancias de la muerte de Cristo como el cumplimiento, no solo de las profecías de las Escrituras, sino de todo el sistema sacrificial (Heb. 9:11-15; 9:23 – 10:14), incluyendo las ‘sombras’ del Antiguo Testamento que apuntaban a Cristo (Gn. 22).

Es difícil recrear el orden histórico del desarrollo de este entendimiento apostólico, pero podemos por lo menos señalar los siguientes elementos. Primero entendieron que la muerte de Cristo no fue una tragedia, sino algo determinado por Dios (Hch. 2:23). Esto les permitió relacionar la muerte de Cristo con la promesa dada a nuestros primeros padres (Gn. 3:15b; ver Gn. 12:7; 22:18; Hch. 3:25; Ga. 3:16), y explicaba cómo el Señor sabía no solo que iba a morir, sino cómo y por qué moriría.

Las enseñanzas de Cristo acerca de Su muerte contenían mucho vocabulario tomado del Antiguo Testamento que permitió a los apóstoles comenzar la tarea de interpretar la muerte de Cristo en relación con el perdón de los pecados y la forma de establecer comunión con Dios. Veamos algunos ejemplos de este proceso interpretativo, que habrá llevado cierto tiempo a los apóstoles desarrollar.

Antes de analizar las enseñanzas de Cristo acerca de Su muerte y las interpretaciones de los apóstoles, hay un pasaje importante que debemos considerar que antecede todo este proceso. Nos referimos a las palabras de Juan el Bautista: “*He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*” (Jn. 1:29, 36). Estas palabras relacionan la expiación de los pecados con un cordero. Es poco probable que sea una referencia al cordero de la pascua, porque su propósito no era quitar el pecado. Es más probable que sea una alusión a la profecía de Isaías 53:7, considerando todo el contexto (Is. 53:4-11). Obviamente, los apóstoles pasaron mucho tiempo después de la resurrección del Señor estudiando este pasaje de Isaías (ver Hch. 8:30-37).

Hay cuatro datos importantes que debemos considerar de las palabras de Juan el Bautista. En primer lugar, dado a que la ley de Moisés no preveía un cordero como

el sacrificio por el pecado, hay que pensar que Juan el Bautista está hablando del Cordero profético, no del cordero del sistema legal. Gracias a la profecía de Isaías 53, podemos afirmar que el Cordero profético representa y cumple todas las ofrendas de la ley ceremonial.

“Porque en Isaías, el Siervo de Jehová, que expía al pueblo con sus sufrimientos vicarios, es representado como un cordero; y es esta visión profética, y no la prescripción legal, la que predomina aquí. Cristo era, como lo reconoce proféticamente el Bautista, el antitipo de los sacrificios del Antiguo Testamento. Por lo tanto, como tal, debe ser representado en forma de algún animal destinado al sacrificio; y la figura apropiada no fue dada en la ley de Moisés, sino por el profeta Isaías, quien, contemplándolo en su docilidad y mansedumbre, lo representa como un cordero sacrificial, y de ahí se derivó la forma que llegó a ser la normal en la perspectiva cristiana”¹.

El segundo dato que debemos notar es la expresión “*el Cordero de Dios*”. El genitivo indica que el Cordero es Dios; Él lo suple. No es un Cordero que el ser humano ofrece a Dios. Recordemos las palabras de Abraham en Génesis 22:8, “*Dios se proveerá de cordero para el holocausto*”. Es más, el uso del artículo definido lo confirma como un Cordero muy particular. Ver Hebreos 10:3-10.

En tercer lugar, habría que analizar con cuidado el significado de la expresión “*quita el pecado*”. El verbo es ‘**airo**’, que significa ‘levantar’ (Mt. 9:6, “*toma tu cama*”) o ‘llevar’ (Mt. 11:29), y por extensión ‘remover’ o ‘quitar’ (Mt. 13:12). ¿Está Juan diciendo que Cristo quitará el pecado o cargará con el pecado? Al final, el concepto cristiano es que Cristo primero cargó con nuestros pecados, en el sentido de llevar la culpa y el castigo por ellos, y por ende los quitó de nosotros (1 Jn. 3:5).

El cuarto dato importante es que el Cordero quita el pecado del “*mundo*”. En Isaías 53, el Cordero sufre por los pecados del pueblo de Dios; es decir, por los descendientes de Abraham (“*nuestras rebeliones... pecados*”, v. 5; “*por la rebelión de mi pueblo fue herido*”, v. 8). En el Nuevo Testamento, el alcance de la muerte del Mesías abarca los que “*no son de este redil*” (Jn. 10:16).

a. Las enseñanzas de Cristo acerca de Su muerte

Al hacer memoria de las enseñanzas de Cristo, el Espíritu Santo no solo ayudó a los apóstoles a recordar los momentos que el anunció Su muerte, sino también de esos momentos en que explicó el significado de Su muerte. Es importante reconocer que las enseñanzas del Señor acerca del valor expiatorio de Su muerte deben ser interpretadas a la luz de todo el sistema sacrificial del Antiguo Testamento.

Los sacrificios del Antiguo Testamento tenían como propósito fundamental permitir al pecador acercarse a Dios. Por lo tanto, esos sacrificios tenían una naturaleza propiciatoria y expiatoria. El factor fundamental fue la sangre de los sacrificios. Esa sangre en cierta manera ‘cubría’ los pecados y efectuaba ‘redención’.

i. Mateo 12:40-41

Al mencionar la señal de Jonás, el énfasis está sobre la resurrección del Señor. Sin embargo, al reflexionar sobre la historia de Jonás no era difícil entender que la muerte de Jonás fue lo que apaciguó la tormenta y salvó la vida de los marineros (ver Jon. 1:11-12, 15).

¹ H. A. W. Meyer, *Comentario del Nuevo Testamento* (1873).

ii. Mateo 16:21-25

En este anuncio de la muerte de Cristo, el énfasis está sobre la necesidad de morir: *"le era necesario ir a Jerusalén y padecer... y ser muerto..."* (v. 21). El Señor no explica el propósito de Su muerte, pero da a entender que es lo que Dios el Padre ha dispuesto (v. 23) y que tendrá un buen fin (v. 25; ver Jn. 12:24-25).

iii. Mateo 20:28

Esta es la primera vez que el Señor mencionó el propósito de Su muerte; era *"dar Su vida en rescate por muchos"*. El término para "rescate" es '**lutron**', que significa el pago de un precio para comprar la libertad de un esclavo. El contexto de "servir" relaciona al Mesías con el Siervo Sufriente de Isaías.

La preposición en griego es '**anti**'; esta preposición no significa simplemente 'en lugar de' sino 'a favor de', y apunta al concepto de una muerte sustitutoria. Ver 1 Timoteo 2:6, donde la palabra para "rescate" es '**antilutron**', y es seguida por la preposición '**juper**'.

iv. Mateo 26:28

En la institución de la Santa Cena, el Señor aprovechó la cena pascual para decir: *"esto es Mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados"*. El verbo en griego es '**afiemi**' que significa 'soltar', y por ende 'dar libertad'. Cuando se trata del pecado, este verbo tiene el sentido de 'soltar de la culpa o deuda' y por lo tanto, 'perdonar'.

El bautismo de Juan tenía este propósito (Mr. 1:4). Su padre Zacarías lo predijo y lo relaciona con el concepto de salvación (Lc. 1:77). El Señor usa esta palabra al citar Isaías 61, que habla de dar libertad a los cautivos y oprimidos (Lc. 4:18).

v. Juan 3:14-15

Este pasaje relaciona la muerte del Señor con un incidente durante el éxodo. El propósito de Su muerte es *"que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna"* (ver Jn. 3:16).

vi. Juan 6:51, 53-54

Este pasaje claramente indica que la muerte de Cristo será con el propósito de dar vida eterna.

vii. Juan 10:11, 15

El Señor no es solo el Cordero de Dios que da Su vida por el mundo, sino que es el Buen Pastor que da Su vida por las ovejas.

b. La interpretaciones apostólicas de la muerte de Cristo

A partir del Día de Pentecostés, los apóstoles comenzaron a anunciar que el Mesías murió con el fin de perdonar los pecados (ver Lc. 24:46-47; Hch. 2:38, '**afesis**'; 3:19. '**exaleifo**', 'borrar'). En el libro de Hechos, Lucas no elabora una doctrina de la muerte de Cristo. Para eso hay que estudiar las epístolas.

Algunos teólogos modernos afirman que Pablo inventó el evangelio; pero él mismo es claro. Su doctrina viene del Antiguo Testamento (ver 1 Co. 15:3; Ro. 1:1-4). A continuación, presentamos algunos de los elementos resaltantes de la doctrina apostólica de la muerte de Cristo.

i. Fue una muerte sacrificial

El apóstol Pablo aplica la palabra "*sacrificio*" a la muerte de Cristo, con todas las implicancias que esa palabra tiene derivadas del sistema sacrificial del Antiguo Testamento (Ef. 5:2. Por eso Pablo habla mucho de la "sangre" de Cristo, no solo de Su muerte (Ro. 3:25; 5:9; Ef. 2:13).

ii. Fue una muerte sustitutoria

Es lo que Pablo enseña en 2 Corintios 5:21, "*por nosotros lo hizo pecado*". Ver también 2 Corintios 5:14-15 ("*uno murió por todos... por todos murió...*"); Romanos 8:32 ("*lo entregó por todos nosotros*"); Gálatas 3:13 ("*hecho por nosotros maldición*"). Fue una muerte sustitutoria porque fue una muerte representativa; o mejor dicho fue la muerte de nuestro representante (Ro. 5:12-21).

iii. Fue una muerte expiatoria

El pecado contamina espiritualmente y requiere limpieza. Este es el concepto de expiación, que el autor de la carta a los Hebreos trata en forma exhaustiva (Heb. 2:17; 9-10). Pedro lo menciona en 1 Pedro 1:2; también Juan (1 Jn. 1:7).

iv. Fue una muerte propiciatoria

El pecado provoca la ira de Dios (Ro. 1:18) y para ser salvos, necesitamos ser protegidos de la ira de Dios. Pablo trata este tema en Romanos 3:25. De igual modo, el apóstol Juan (1 Jn. 2:2; 4:10). La palabra en griego es '**jilasterion**'. Ver Hebreos 9:5; Éxodo 25:17-22 (significa 'cubierta').

v. Fue una muerte redentora

El pecado nos esclaviza; la muerte de Cristo nos libera de la esclavitud al pecado (Ro. 3:24; Ef. 1:7; 1 Co. 1:30; 1 P. 1:18-19).

vi. Fue una muerte reconciliadora

El propósito de la muerte de Cristo fue reconciliarnos con Dios (Ro. 5:9-10; 2 Co. 5:18-19).

En resumen, el Señor murió por nuestros pecados. Fue al mismo tiempo el sacrificio y el Sumo Sacerdote. Luego de Su muerte, Él entró al Lugar Santísimo, en la presencia de Dios, llevando Su sangre para interceder por nosotros. Es sangre no solo nos limpia de todo pecado, sino que nos justifica delante de Dios (Ro. 3:24-26). Esa justicia divina (ver Ro. 1:16-17) establece la paz con Dios y nos permite acercarnos a Él por medio de nuestro Mediador.

4. LAS IMPLICANCIAS DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Otro tema de igual importancia fue la resurrección de Cristo. Durante Su ministerio terrenal, los discípulos habían visto al Señor restaurar la vida de algunas personas que habían muerto; personas como Lázaro y el hijo de la viuda de Naín. Pero la resurrección de Cristo está en otra categoría. El Señor no resucitó con un cuerpo normal, sino con un cuerpo "*espiritual*" (1 Co. 15:35-49), que podía aparecer y desaparecer. Era un cuerpo glorificado. Esto era algo totalmente nuevo y exigía mucha reflexión espiritual.

La resurrección del Señor tuvo ciertas implicancias teológicas que los apóstoles poco a poco comenzaron a entender, leyendo el Antiguo Testamento y meditando sobre la resurrección del Señor con la ayuda del Espíritu Santo.

Recordemos que el centro de la misión de los apóstoles fue dar testimonio de la resurrección del Mesías (Hch. 1:22; 2:32; 3:15; 4:33). Aparte del apóstol Juan, ningún otro apóstol fue testigo de la muerte del Mesías; pero era imprescindible que fueran testigos de la resurrección. Por eso el Señor se manifestó a ellos en repetidas ocasiones (Hch. 1:2-3; 1 Co. 15:5-8).

a. La divinidad del Mesías

En Romanos 1:4, Pablo relaciona la resurrección de Cristo con Su divinidad. El apóstol afirma que el Señor "*fue declarado Hijo de Dios con poder... por la resurrección de entre los muertos*". Al parecer, fue la profunda reflexión sobre el significado del Salmo 2 que llevó a los apóstoles a esta conclusión (ver Hch. 13:33). Esto encajó con lo que Cristo había dicho en Juan 2:16 y 18-22. Lo que le dio la autoridad para limpiar el templo fue el hecho de ser el Hijo de Dios; el templo era la casa de Su Padre. Lo que evidenció que era el Hijo de Dios fue la resurrección del 'templo' de Su cuerpo al tercer día. El Salmo 16 también lo confirmaba, tal como el apóstol Pedro lo menciona en Hechos 2:24-36.

Después de Su resurrección, el Mesías fue "*exaltado por la diestra de Dios*" (v. 33), y de esa manera Jesús de Nazaret fue hecho por Dios "*Señor y Cristo*" (v. 36; ver Hch. 3:13). Pero aún antes de Su exaltación hay evidencias de que los apóstoles ya comenzaron a entender que el Mesías tenía otra naturaleza, no simplemente la humana. Ese es el significado de las palabras de Tomás: "*Señor mío, y Dios mío*" (Jn. 20:28).

Antes de su conversión, Pablo consideraba que Jesús de Nazaret no era más que un ser humano. Fue su encuentro con el Cristo resucitado en el camino a Damasco que transformó su mente (Hch. 9:5). La pregunta que le hizo: "*Señor, ¿qué quieres que yo haga?*" (Hch. 9:6) indica sometimiento total a Él, que solo puede ser explicado como un reconocimiento de la deidad de Jesús (ver Hch. 9:5, "*Yo soy Jesús*"). Por eso leemos que a partir de ese momento comenzó a enseñar que Jesús no solo era el Cristo (Hch. 9:22), sino también "*el Hijo de Dios*" (Hch. 9:20). Es interesante notar a quién asigna su llamado al ministerio apostólico (Ga. 1:1). No fue "*de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo... que lo resucitó de los muertos*". Aquí debemos considerar las implicancias de Filipenses 2:9-11.

Otros pasajes que relacionan la deidad de Cristo con Su resurrección incluyen Hebreos 1:2-13; 1 Pedro 1:21; 3:21-22

b. La salvación por el Mesías

Si Jesús no hubiera resucitado con un cuerpo glorificado no podríamos saber si Su muerte fue aceptada por Dios el Padre. Por eso Su resurrección es de vital importancia. La paga del pecado es la muerte física (Ro. 6:23; 5:12); eso explica por qué los que fueron resucitados, como Lázaro, murieron otra vez. Pero Cristo resucitó con un cuerpo glorificado que nunca más moriría. La conclusión a la que

llegaron los apóstoles fue que el Señor efectivamente murió por los pecados de nosotros y el Padre había aceptado ese sacrificio. Pablo lo afirma en Romanos 4:25, al relacionar la resurrección con la doctrina de la justificación.

c. La escatología cristiana

La resurrección de Cristo también tuvo implicancias importantes para la escatología cristiana. En primer lugar, zanjó de una vez por todas el debate acerca de la resurrección del cuerpo, indicando que existía una realidad más allá de este mundo material. La resurrección de Cristo no fue un acto insólito, sino una primicia, que apuntaba a nuestra resurrección (Col. 1:18; 1 Co. 15:20-22, 47-49).

La resurrección de Cristo abrió el camino al entendimiento de que el reino de Dios no se iba a instalar en esta época, sino que tendría que haber una transformación de este mundo, que daría lugar a nuevos cielos y tierra nueva (1 Co. 15:23-25, 47-57). Esto tuvo enormes implicancias para la interpretación de muchas profecías del Antiguo Testamento (Is. 65:17; 11:1-10). Eso queda claro de lo que Pedro afirma en Hechos 3, *"es necesario que el cielo reciba [a Jesucristo] hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas de que habló Dios por boca de Sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo"* (v. 21). Habría que analizar el significado de *"la restauración de todas las cosas"*. Si el Señor debe quedar en el cielo hasta ese momento, y sabemos que Él está reinando a la diestra del Padre, habría que concluir que *"la restauración de todas las cosas"* se dará cuando el Mesías haya derrotado a todos Sus enemigos (ver 1 Co. 15:22-26).

En 1 Corintios 15:50, en el contexto de hablar del cuerpo de la resurrección, el apóstol Pablo declara: *"la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios"*. Por consiguiente, antes que se manifieste el reino de Dios tiene que haber la resurrección de los muertos o la transformación de los vivos (1 Co. 15:51-54).

d. Las implicancias de la exaltación del Mesías

Es difícil separar la resurrección de Cristo de su exaltación; entre otras cosas, por lo que leemos en Juan 20:17. Una vez que el Espíritu Santo ayudó a los apóstoles a recordar y entender lo que el Señor había dicho antes de Su muerte y resurrección, muchas cosas empezaron a tener sentido.

Durante la última semana, el Señor comenzó a hablar de ser *"glorificado"* (Jn. 12:23). Los apóstoles obviamente no entendían a qué se refería. Cristo dijo algo similar en Su enseñanza sobre el juicio de las naciones (Mt. 25:31). En realidad, habló de esto mucho antes (Mt. 16:27; Mr. 8:38; Mt. 19:28), usando lenguaje tomado del libro de Daniel (Dn. 7:13-14). Pero Su enseñanza más clara fue en Su discurso en el aposento alto (Jn. 13:31; 17:1).

En ese discurso, el Señor habló de ir al Padre (Jn. 13:33). Los apóstoles claramente no entendían a qué se refería (Jn. 13:36a; 14:5). Aunque el Señor trató de hablar claramente (Jn. 13:36b; 14:2-4, 6, 28; 16:5), es de dudar que realmente entendían de qué estaba hablando, porque no pasó por su mente que el Mesías moriría (Jn. 16:18, 29-32).

Durante el discurso en el aposento alto, el Señor habló de no solo de ir al Padre, sino de volver al Padre (Jn. 16:5, 28). Eso claramente apunta a la preexistencia de Cristo (Jn. 16:28; 17:5, 24); un tema que provocó mucha reflexión en la mente del apóstol Juan y él redactó cosas muy profundas en su Evangelio (Jn. 1:1-3, 18; 5:26; 6:33, 38, 50-51; 8:23, 58; 13:1, 3).

Luego de la resurrección y el ascenso del Mesías, los apóstoles por fin comenzaron a entender las implicancias de la exaltación del Mesías (Hch. 2:33, 36). Pablo lo presenta en Filipenses 2:5-11. Se trataba de la exaltación de alguien que existía antes de Su nacimiento en Belén. Eso les dio la pista para comenzar a buscar la actividad de Cristo en el Antiguo Testamento, y empezaron a reconocer

quién era el Ángel de Jehová. El apóstol Juan nos da una pista acerca de esto en Juan 12:36b-41. Ahora podían leer el Antiguo Testamento con mayor entendimiento (ver Zac. 13:7; Mal. 3:1; Hch. 7:30-33; Jos. 5:13-15).

5. EL NUEVO PACTO

Cuando el Señor celebró la última cena pascual, el repartir la copa dijo: *"esto es Mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados"* (Mt. 26:28). Los discípulos no entendieron a qué se refería, pero después de la muerte y resurrección del Señor se acordaron de estas palabras y comenzaron a reflexionar sobre ellas. Al pasar el tiempo comenzaron a darse cuenta qué estaba anunciando el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento acerca de un pacto nuevo (Jer. 31:31-34; 32:37-41; 33:14-22; Ez. 37:21-28; Dn. 9:24-27).

Al meditar sobre las profecías de un nuevo pacto, los apóstoles comenzaron a darse cuenta de la enormes implicancias que esto tenía para la doctrina de la salvación.

a. El pacto nuevo exigía la muerte del Mesías

El antiguo pacto fue establecido sobre la base de la sangre de un animal que fue derramado por el pecado (Ex. 24:5-8). Ese acto dio lugar al ingreso a la presencia de Dios (Ex. 24:9-17). De igual modo, el nuevo pacto fue establecido sobre la base de sangre; no la sangre de animales, sino la sangre del Cordero de Dios que es de inestimable valor (1 P. 1:18-20).

El autor de la carta a los Hebreos medita mucho sobre este tema, y uno se imagina que fue uno de los temas que los apóstoles estudiaron y enseñaron muchos en los primeros años de la Iglesia Apostólica mientras trataban de establecer *"la doctrina de los apóstoles"*. Ver Hebreos 9:13-20.

b. El pacto nuevo anuló el pacto antiguo

Esto es algo bastante lógico, y el autor de la carta a los Hebreos lo menciona explícitamente (Heb. 8:13). También indica que el antiguo pacto se anuló porque era imperfecto (Heb. 8:7). Si nos preguntamos cuáles eran las imperfecciones del antiguo pacto, entre las respuestas podríamos mencionar las siguientes:

- No producía un cambio de corazón (Heb. 8:8-11). Este fue el problema fundamental que explica el fracaso del pueblo de Israel a lo largo del Antiguo Testamento. Empezó en el desierto durante el éxodo y se siguió repitiendo a lo largo del Antiguo Testamento hasta después del exilio (Heb. 3:7-11, 15-19; 4:2-7). Este fue también el defecto con el bautismo de Juan, que era parte del antiguo pacto. Por eso Juan habló del Mesías que vendría después de él, que bautizaría en Espíritu Santo; es decir, el Mesías inauguraría la era del nuevo pacto, marcado por la presencia y el poder del Espíritu Santo (Mt. 3:11; Mr. 1:7-8; Lc. 3:15-16; Jn. 1:26-27, 30-34).
- No podía limpiar el pecado (Heb. 8:12; 9:9; 10:1-4). Se requería una ofrenda infinitamente superior para realmente tratar con el problema del pecado. Por eso fue necesario la encarnación del eterno Hijo de Dios (Heb. 10:5-9). Su sacrificio es lo que limpia el pecado (Heb. 10:10-18).
- El tabernáculo era solo una copia o 'sombra' de las realidades celestiales (Heb. 9:1-5, 23-24; 10:1). Por eso había que destruir *"la primera parte del tabernáculo"* (Heb. 9:8), que era donde se hacían los sacrificios de animales.

Eso explica por qué Dios ordenó la destrucción de templo y nunca más se ha reconstruido. ¡Ya cumplió su función!

- No permitía el acceso a la presencia de Dios para el pueblo (Heb. 9:7-8). El nuevo pacto sí lo hace (Heb. 10:19-22).

c. El pacto nuevo cambió las cosas radicalmente

- Introdujo un nuevo mediador. Uno mejor que Moisés (Heb. 8:5-6; 3:1-6); uno mejor que Aarón (Heb. 4:14 – 5:10; 7:1 – 8:6).
- Fue establecido sobre mejores promesas (Heb. 8:6). Esas promesas incluyen las que Jeremías y Ezequiel anuncian cuando predicen el pacto nuevo, pero también se extienden a lo que el autor de Hebreos enseña y todo lo que es el evangelio de Cristo.
- Eliminó la exigencia de cumplir la ley de Moisés. Este fue un tema que generó mucho debate. Pablo estaba claro en cuanto a los gentiles; lo difícil era qué decir a los judíos creyentes. Al final, aplicó el principio de que no era necesario guardar la ley de Moisés, ni para los judíos, pero que podían hacer si querían. Aquí habría que analizar bien por qué prohibió tajantemente a los gentiles circuncidarse.
- Dio lugar a la formación de un pueblo nuevo. El antiguo pacto fue establecido con el pueblo de Israel, al que otras naciones estaban invitadas a participar con tal que se hicieran judíos y se sometieran a la ley de Moisés. Al inicio, los creyentes judíos pensaron que lo mismo era cierto del nuevo pacto (ver Hch. 15:1). Eso dio lugar a muchos debates. El concilio en Jerusalén dio un dictamen que indicaba que no era necesario que los gentiles se sometieran a la ley de Moisés (Hch. 15:24-29), pero queda claro que no todos aceptaban esto o entendían las implicancias del pacto nuevo. Jacobo indica que Dios quería que la salvación se extendiera a los gentiles (Hch. 15:16-18), cosa que el Espíritu Santo indicó en la conversión de Cornelio (Hch. 10:42-48; 11:16-18). Le tocó al apóstol Pablo, el 'apóstol a los gentiles', a profundizar este tema y llegar a conclusiones inspiradas por el Espíritu Santo (Ef. 3:1-13; 2:11-22). Sin embargo, la debacle en Antioquía que Pablo menciona en Gálatas 2, confirma que la Iglesia recién estaba tratando de entender este tema y establecer la doctrina cristiana (Ga. 2:11-14).

6. EL NUEVO NACIMIENTO

Una lectura superficial del Antiguo Testamento llevaría a una antropología humana bastante positiva. La ley de Moisés daba por sentado, implícitamente, que el ser humano era capaz de guardar la ley de Dios y que era su responsabilidad hacerlo (Lv. 18:5; Dt. 30:11-14; ver Lc. 10:25-29, 36-37). La podían guardar externamente a tal punto que experimentarían la bendición de Dios y prolongarían su estadía en la Tierra Prometida (Dt. 32:45-47). Es cierto que una reflexión profunda de algunos pasajes nos llevaría a la conclusión que algo en el ser humano no le permitía obedecer la ley de Dios (Dt. 10:12-17). Por eso Moisés sabía que Israel no podía guardar la ley de Dios completamente (Dt. 31:27-29). Josué tenía la misma convicción (Jos. 24:14-22). Sin embargo, el judaísmo en el tiempo de Cristo no tenía en claro la depravación total del ser humano; su condición de muerte espiritual. Daban gracias a Dios por darles la ley y confiaban que podían guardarla para estar bien delante de Dios (ver Fil. 3:6; y cotejar Ro. 7:9a). Por lo tanto, no había una doctrina elaborada del nuevo nacimiento en el antiguo pacto.

Una de las “*mejores promesas*” del pacto nuevo tiene que ver con el ministerio del Espíritu Santo (Ez. 11:19-20; 36:25-27; 37:13-14; 39:29). Otros profetas también predijeron esto (Jl. 2:28-32; Is. 32:15-17; 44:3-5). El Mesías tendría el Espíritu sin medida (Is. 11:2; 42:1; 61:1) y Su venida daría lugar a un derramamiento del Espíritu Santo tal como lo anunció Juan el Bautista.

Es importante entender esto cuando leemos la conversación entre Cristo y Nicodemo, y lo que el Señor dijo acerca del nuevo nacimiento (Jn. 3:3, 5). Él era un maestro de las Escrituras en Israel; se suponía que entendía bien la referencia al nuevo pacto que Dios había prometido para el tiempo del Mesías. Pero Nicodemo no reconoce a Jesús como el Mesías (Jn. 3:1-2); tenía tan poco entendimiento de las profecías del nuevo pacto que simplemente no captó lo que el Señor le estaba diciendo. Su propia ignorancia confirmaba la necesidad que casi todo judío tenía del nuevo nacimiento. Esto era algo desconocido en el Antiguo Testamento, por lo menos en cuanto a una doctrina bien formulada. Pero vino a ser una doctrina fundamental para la Iglesia, el pueblo del nuevo pacto (Ef. 2:1-10; 2 Co. 3:6, 14-18; 4:3-6; 1 Co. 2:10-16).

El Señor prometió dar el Espíritu Santo a los que estaban sedientos (ver Jn. 4:10-14; 7:37-39). Habló a los apóstoles de la venida del Espíritu Santo en forma reiterada en el discurso del aposento alto (Jn. 14:16-17, 26; 15:26; 16:7-15). Esto explica lo que pasó a partir del Día de Pentecostés (Hch. 2), y Pablo trata este tema en forma práctica en Romanos 8 (vv. 1-2, 4-17, 26).

7. LA REINTERPRETACIÓN DE LA LEY DE MOISÉS

Inicialmente, la gran mayoría de los creyentes en la Iglesia Apostólica eran judíos. Aunque leemos que “*perseveraban en la doctrina de los apóstoles*” (Hch. 2:42), unos veinte años después Jacobo afirma que los millares de judíos convertidos a la fe en Jesús el Mesías “*todos son celosos por la ley*” (Hch. 21:20). A primera vista, eso es sorprendente porque una de las grandes verdades del evangelio es que ya no estamos bajo la ley sino bajo la gracia (Ro. 6:14). Aunque aun Pablo mismo, en Hechos 21, cumplió elementos de la ley de Moisés. Lo hizo como parte de la expresión de su libertad espiritual y su disposición de comportarse como judío para el bien espiritual de los judíos (1 Co. 9:19-22).

Sin embargo, hay varias cosas que debemos tomar en cuenta para entender el apego que los judíos cristianos tenían a la ley de Moisés dos décadas después del Día de Pentecostés. En primer lugar, la ley de Moisés fue dada por Dios y para los judíos fue motivo de tremendo orgullo tener la ley de Moisés (ver Ro. 3:2; 9:4). El concepto popular en el primer siglo fue que la ley de Moisés fue una de las mayores muestras del amor de Dios, porque por medio de la ley podían ser salvos (ver Hch. 7:38, “*palabras de vida*”). Algunos creyentes judíos seguían creyendo eso y no estaban dispuestos a abandonar la ley de Moisés solo porque ahora creían en Cristo.

En segundo lugar, el Señor, lejos de afirmar que vino para acabar con la ley de Moisés, declaró: “*No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir*” (Mt. 5:17). Continuó diciendo que “*hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley... De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos*” (Mt. 5:18-19).

A la luz de las enseñanzas de Cristo, es entendible que los judíos, cuando se convirtieron, se volvieron aún más celosos por la ley de Moisés. Sin embargo, varios factores contribuyeron a la larga a cuestionar la validez de la ley de Moisés. Estos factores generaron muchas tensiones internas en la Iglesia, especialmente entre los creyentes judíos y gentiles. Podemos resaltar por lo menos ocho factores que contribuyeron al abandono paulatino de la ley de Moisés.

1. La conversión de los gentiles que no guardaban la ley de Moisés, comenzando con la de Cornelio (Hch. 10; 15:7-9), y luego la conversión masiva de gentiles bajo el ministerio de Pablo (Hch. 15:12).
2. La dificultad que los creyentes judíos tuvieron de guardar la ley (Hch. 15:10).
3. El papel de la ley en la conversión de Saulo de Tarso (ver Ro. 7:7-13). Esto revolucionó el pensamiento de Pablo en cuanto a la ley de Moisés.
4. El dictamen del concilio de la Iglesia en Jerusalén que empezó a socavar la validez de la ley de Moisés (Hch. 15:1-2, 19-21).
5. Algunos creyentes judíos comenzaron a dejar de lado aspectos de la ley de Moisés y empezaron a vivir como gentiles (Ga. 2:14b).
6. La carta a los Hebreos resaltó la excelencia de Cristo sobre todos los elementos de la ley de Moisés y generó una mayor reflexión sobre las consecuencias de estar dentro del nuevo pacto.
7. La reflexión sobre el significado de la muerte de Cristo con relación a la ley ceremonial.
8. La destrucción del Templo, que fue uno de los factores cruciales en el abandono de la ley de Moisés.

Estos ocho factores generaron mucha reflexión espiritual y poco a poco los creyentes comenzaron a reinterpretar radicalmente la ley de Moisés. De todas la doctrina de los apóstoles, esta fue la más polémica y generó uno de los cambios más importantes en la teología bíblica.

Como ya hemos notado, la ley de Moisés fue dada para que la nación de Israel prolongara su estadía en la Tierra Prometida (Dt. 32:46-47). Lamentablemente, no funcionó y al final Dios envió Su pueblo al exilio, tanto en Asiria como en Babilonia. Aún en el primer siglo, el pueblo de Dios seguía técnicamente en el exilio. No tenían una rey davídico y la gloria de Dios no había vuelto al templo en Jerusalén. Eso llevó al apóstol Pablo a reflexionar sobre el verdadero propósito de la ley de Moisés, porque para él era inconcebible que Dios diera una ley que no funcionara.

La pregunta, entonces, surgió: ¿cuál fue la verdadera función de la ley de Moisés? Guiado por el Espíritu Santo, Pablo alcanzó respuestas radicales y asombrosas que dieron lugar a la doctrina apostólica de la ley de Moisés. Esta doctrina, lejos de abrogar la ley de Moisés, la ubicó en su verdadero lugar en la vida del creyente y al mismo tiempo estableció sus limitaciones, confirmando que en el nuevo pacto hay algo superior a la ley de Moisés.

a. La ley fue dada para definir el pecado

Pablo habla de esto en Romanos 5:13 y lo explica en forma autobiográfica (Ro. 7:7). El pecado existía antes que Dios diera la ley de Moisés; el problema era ¿cómo culpar de pecado si no había una ley divina? Según el apóstol Juan, “*el pecado es infracción de la ley*” (1 Jn. 3:4), pero era difícil entenderlo así si no había una ley. Por lo tanto, con el fin de definir qué es el pecado Dios dio la ley de Moisés, para que no haya dudas al respecto. La ley cumplió el papel de definir qué es pecado ante los ojos de Dios. Habría que notar que la ley no es lo único que define el pecado. Para los gentiles, su consciencia cumplía una función similar (Ro. 2:14-16).

Los judíos estarían de acuerdo que la ley de Moisés fue dada para definir el pecado, aunque ellos lo habrían expresado en una manera más positiva. Lo interesante es que la experiencia de Pablo le llevó a cuestionar la habilidad tanto de la ley de Moisés como de la consciencia humana para definir bien qué es ‘pecado’ ante los ojos de Dios. Por un lado, escribiendo a los creyentes en Corinto, Pablo indica que, aunque él no sintiera que su consciencia le estuviera condenando, no por ende podía estar seguro de no haber cometido pecado (ver 1 Co. 4:4). Además, su propia experiencia antes de la conversión señalaba la dificultad que la ley tenía

para definir el pecado, sin una obra complementaria del Espíritu Santo (ver Fil. 3:6, 9).

Claro, el problema no está en la ley de Moisés sino en nuestra propia pecaminosidad (Ro. 8:3). En cierto sentido, la conversión de Saulo de Tarso ocurrió porque llegó a decepcionarse de la ley de Moisés. Dicha ley no lograba su cometido; lo engañó a Pablo (Ro. 7:7-24). La ley le hizo pensar que era justo delante de los ojos de Dios, pero eso no era cierto.

Poco a poco, la Iglesia comenzó a entender que en el nuevo pacto el creyente, sea judío o gentil, no está bajo la ley de Moisés para definir el pecado. Ahora es el Espíritu Santo quien define el pecado; por eso, estamos bajo la ley del Espíritu y no bajo la ley de Moisés (Ro. 8:1-4).

Eso no significa que podemos ignorar por completo la ley de Moisés (ver Ro. 6:15), porque uno de los propósitos del Espíritu Santo es que *"la justicia de la ley se cumpliera en nosotros"* (Ro. 8:4). Recordemos que el Señor exigió a Sus seguidores tener una justicia mayor que la de los fariseos (Mt. 5:20). En el reino de Dios, no es suficiente no matar, que era lo que la ley de Moisés definía como pecado. El Espíritu Santo nos indica que odiar es igual que cometer homicidio (Mt. 5:21-24). Por eso es tan importante no ser legalistas sino dejarnos guiar por el Espíritu Santo (Ro. 8:14). Lo que nos debe interesar no es hasta qué punto puedo llegar sin que algo sea 'pecado', sino qué es lo que el Espíritu Santo quiere que yo tome como pecado.

Por ejemplo, en la Iglesia Apostólica no había una ley universal que toda persona que tenía un terreno tenía que venderlo y dar todo el dinero a la iglesia (ver Hch. 5:3-4). El pecado de Ananías y Safira no fue ir en contra de lo que otros creyentes hacían, como Bernabé, sino no dejarse guiar por el Espíritu Santo.

Por supuesto, esto no debe entenderse como un relativismo ético, con cada creyente haciendo lo que bien le parece y alegando que el Espíritu Santo lo guio. Lo que debe haber en la vida del creyente es un alto nivel de santificación y generosidad, pero sin caer en un legalismo carnal. Para lograr eso, debemos fomentar un discipulado que produzca una vida controlada por el Espíritu.

b. La ley fue dada para frenar el pecado

Obviamente, la ley no solo definía el pecado, sino que procuraba frenar el pecado en Israel. El apóstol Pablo da a entender esto cuando escribe a Timoteo (1 Ti. 1:8-11). Según Pablo hay un uso legítimo de la ley y por ende un uso ilegítimo. El uso legítimo es frenar el pecado; por eso Pablo afirma que la ley *"no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes..."*.

Si una sociedad estuviera llena de gente buena, no sería necesario tener leyes porque la gente automáticamente se portaría bien. La ley es necesaria para frenar el comportamiento de los malos elementos en la sociedad y proteger a los buenos. La lista de categorías de pecado en 1 Timoteo 1:9-10 es impresionante y apunta a la maldad humana.

En el huerto de Edén, había una sola ley. No era necesario tener otras porque Adán y Eva eran inocentes. La entrada del pecado y la proliferación de la maldad humana hizo necesaria la ley. Por eso, escribiendo a los Gálatas, Pablo declara que la ley de Moisés *"Fue añadida a causa de las transgresiones"* (Ga. 3:19).

Lamentablemente, la ley de Moisés no logró frenar el pecado, a pesar de las promesas de bendiciones y las advertencias de maldiciones. Una vez más, debemos enfatizar que el problema no estaba en la ley de Moisés sino en el corazón humano (Ro. 8:3). La propia experiencia de Pablo le enseñó esto (Ro. 7:8-14).

El creyente en el nuevo pacto ya no necesita la ley de Moisés, porque el Espíritu Santo es lo que frena el pecado en su vida (Ro. 8:1-14). Claro, hay que evitar el otro extremo que es el 'antinomianismo'; es decir, el rechazo total de cualquier concepto de ley (ver Ro. 6:15). El Espíritu Santo es el que frena el pecado en los creyentes; pero Él puede usar la ley de Moisés para orientarnos acerca de las cosas

que agradan a Dios. Una vez más, la doctrina apostólica no abroga la ley, sino que la cumple.

c. La ley fue dada para revelar la pecaminosidad humana

Al narrar su testimonio personal frente a la ley de Dios, cuando el Espíritu Santo le empezó a convencer de pecado para guiarlo a Cristo (Ro. 7:7-25), el apóstol Pablo da a entender que la ley, lejos de frenar el pecado, lo incentiva. Al incentivar el pecado, la ley de Moisés revelaba la profundidad de su pecaminosidad (Ro. 7:8, 11, 13).

Pablo trata este tema en forma general en el capítulo tres de Romanos (Ro. 3:19-20). Por lo tanto, uno de los usos legítimos de la ley de Dios es para generar convicción de pecado, que fue exactamente lo opuesto a lo que Pablo hacía con la ley de Dios antes de su conversión (Fil. 3:6).

La historia de Israel en el Antiguo Testamento es una historia de la pecaminosidad humana. A pesar de todos los privilegios que tenían, el pueblo de Israel simplemente no pudo guardar la ley de Moisés, porque no quiso hacerlo.

Habría que notar que la ley de Moisés no podía revelar la pecaminosidad humana por sí misma. Por eso, por años Saulo de Tarso estaba convencido de que era intachable. Solo el Espíritu Santo puede usar la ley para convencernos de pecado; sea una ley en forma escrita, como en el caso de la ley de Moisés, o una expresión de la ley de Dios escrita en nuestra conciencia.

d. La ley fue dada para llevar a Cristo

Quizá lo más radical de la enseñanza del apóstol Pablo en cuanto a la ley de Moisés es la afirmación en Gálatas 3:24, *"la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo"*. Esa fue la experiencia de Pablo (Ro. 7:7-25). La palabra en griego para "ayo" es **'paidagogos'**, que significa 'maestro'. La ley de Moisés, lejos de ser una señal de aprobación de los judíos, fue una manera de colocarlos bajo custodia (*"confinados"*, Ga. 3:23) por ser todavía 'menores de edad' (ver Ga. 4:1-3). La ley de Moisés fue algo temporal, no eterno.

Lo que marca la diferencia entre ser "niños" y ser "hijos" (Ga. 4:1, 5-7) es la fe en Cristo (Ga. 3:25; 4:4-5). Una vez *"venida la fe, ya no estamos bajo ayo"* (Ga. 3:25). Esa fue una afirmación increíble para alguien formado en la línea de los fariseos. Uno se pregunta qué habrá pensado Jacobo de dicha afirmación (ver Hch. 21:20).

Aquí habría que marcar una diferencia entre judíos cristianos que confiaban en el Señor para su salvación, pero guardaban aspectos de la ley por considerarse judíos, y aquellos judíos cristianos que guardaban la ley de Moisés pensando que era necesario para ser salvo (Hch 15:1). En Romanos 14:5-9, Pablo da libertad a los creyentes judíos a seguir guardando ciertos días, con tal que lo hagan *"para el Señor"* y no 'para ser salvo'. Aunque también habría que notar que en realidad tomaba un creyente así, como alguien *"débil en la fe"* (Ro. 14:1-2, 14, 20-23; 15:1).

Por otro lado, al luchar contra la necesidad de aplicar la circuncisión a los gentiles y obligarlos a guardar la ley de Moisés, el apóstol Pablo estaba luchando por su libertad espiritual (ver Ga. 2:3-5). Por eso fue tan vehemente, aunque no todos los apóstoles quizá lo entendieron con la claridad que Pablo lo entendió y eso generó tensiones fuertes más de dos décadas después del Día de Pentecostés (ver Ga. 2:1, 11-21).

e. La ley ceremonial apunta al Mesías

En la carta a los Colosenses, el apóstol Pablo afirma que algunos elementos de la ley de Moisés, como las leyes acerca de alimentos y días especiales, eran como una "sombra" de lo que había de venir (Col. 2:17). La contraparte de la "sombra" es el "cuerpo" que produce la "sombra", y ese "cuerpo" es Cristo. Eso significa que la ley de Moisés fue escrita teniendo a Cristo en mente. Cristo es la realidad sólida que genera la sombra.

El autor de la carta a los Hebreos amplía este concepto, añadiendo la idea de "figura" (Heb. 8:5). La palabra en griego es '**jupodeigma**', que tiene el sentido de 'bajo los ojos'; es decir, 'algo para imitar', como una 'plantilla'. A lo que se refiere es que todos los elementos del tabernáculo fueron contruidos "*conforme al modelo*" que Dios le mostró a Moisés en el monte Sinaí (Ex. 25:40). El término traducido "*modelo*" es '**tupos**'. Esto es algo duro que se usa para dejar una huella sobre la arcilla. Hoy en día, es la matriz de una imprenta.

Los judíos se gloriaban del templo y el santuario, considerando que era la casa de Dios, donde Él se manifestaba. Sin embargo, el autor de Hebreos señala que todo esto era simplemente una suerte de maqueta. Era parte del primer pacto, pero en realidad indicaba la inferioridad de ese pacto (Heb. 9:1). Todas las cosas que el autor menciona en Hebreos 9:1-5 eran solo "*figuras* [**jupodeigma**] *de las cosas celestiales*" (Heb. 9:23).

La excelencia de Cristo es que Él es el "*sumo sacerdote de los bienes venideros*" (Heb. 9:11). Además, luego de Su sacrificio en la cruz, Él "*no entró... en el santuario hecho de mano, figura* [**antitupos**] *del verdadero, sino en el cielo mismo*" (Heb. 9:24). Por estar ministrando en el santuario celestial, necesitaba "*mejores sacrificios*" (Heb. 9:23). El clímax de la enseñanza del autor de Hebreos es: "*en la consumación de los siglos se presentó una vez para siempre por el sacrificio de Sí mismo para quitar de en medio el pecado*" (Heb. 9:26). Repite estos conceptos en Hebreos 9:28; 10:10-14.

En resumen, los sacrificios del antiguo pacto, ofrecidos en un santuario terrenal que era solo una copia de lo real, no podían quitar el pecado. Cristo, en el nuevo pacto, ofreció un solo sacrificio eficaz y luego desarrolló Su ministerio sacerdotal en el santuario celestial. Había muchos sacrificios en el antiguo pacto y cada uno representaban parte de la realidad necesaria para agradar a Dios (ver Lv. 1-7 y 16). Cristo, en el nuevo pacto, con un solo sacrificio, cumplió todos los sacrificios del antiguo pacto y logró una verdadera expiación de los pecados. En ese sentido, Él no vino para abrogar la ley de Moisés, sino para cumplirla y a la vez superarla.

f. La ley de Moisés fue dada para la Iglesia

Es innegable que la ley de Dios fue dada a Israel. Sin embargo, en 1 Corintios 9:9-10, el apóstol Pablo hace una afirmación que merece mucha reflexión: "*Porque en la ley de Moisés está escrito: No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Tiene Dios cuidado de los bueyes, o lo dice enteramente para nosotros? Pues por nosotros se escribió...*" La BDLA traduce, "especialmente" en lugar de "enteramente".

Dios reveló la ley de Moisés al pueblo de Israel para que lo cumpliera en forma literal. El problema fue que la gran mayoría del pueblo de Israel no entendía el verdadero significado de esa ley debido a dos factores importantes: no tenían el Espíritu Santo (2 Co. 3:14-17) y no tenían fe (Heb. 4:2b). Un tercer factor que debemos considerar es que por dos mil años la Iglesia cristiana se ha dedicado a leer y estudiar la ley de Moisés, interpretada por los apóstoles. Por lo tanto, podemos afirmar que los gentiles han usado la ley de Moisés mucho más que los judíos (ver 2 Ti. 3:16-17).

Las Escrituras del Antiguo Testamento fue la 'Biblia' de la Iglesia Apostólica. Por lo tanto, no solo los Evangelios, sino aún más las epístolas, se basan sobre una

interpretación cristiana del Antiguo Testamento, incluyendo la ley de Moisés. En 1 Corintios 9:10 tenemos un ejemplo de la interpretación apostólica de una ley específica de Moisés para confirmar un principio espiritual: *"con esperanza debe arar el que ara, y el que trilla, con esperanza de recibir del fruto"*. Nos brinda un modelo de cómo la Iglesia debe leer e interpretar la ley de Moisés.

El apóstol Pablo nos brinda otro ejemplo en el siguiente capítulo, indicando como los elementos narrativos de la ley de Moisés, pueden y deben ser interpretados por la Iglesia (1 Co. 10:1-14). Frente al desafío de la idolatría en Corinto, los creyentes debían interpretar y aplicar a sus vidas narrativos como los que encontramos en Éxodo 13:21-22 y 14:22-29 (v. 1); 16:35 (v. 3); 17:6 y Números 20:11 (v. 4); Números 14:29-30 (v. 5); Números 11:4 (v. 6); Éxodo 32:6 (v. 7); Números 25 (v. 9); Números 16:41-49 (v. 10). Esto nos presenta un gran reto a la Iglesia en la actualidad (ver 2 Ti. 2:15).

Conclusión

A la Iglesia Apostólica le llevó varios años alcanzar respuestas acertadas acerca de la reinterpretación de la ley de Moisés y la relación de los gentiles con esa ley. Por lo tanto, no fue parte de la *"doctrina de los apóstoles"* en Hechos 2:42.

8. LA DOCTRINA DE LA JUSTIFICACIÓN

Al reflexionar sobre el papel de la ley dentro del antiguo y nuevo pacto, el Espíritu Santo guio a Pablo a la doctrina de vital importancia para la fe cristiana que es la de la justificación. Según Romanos 1:18, el problema fundamental de la raza humana es como llegar a ser justos delante de Dios.

En teoría, había dos caminos a la salvación. El primero fue guardando la ley de Moisés (ver Ro. 10:5; Fil. 3:9). Como fariseo, Pablo confiaba que era salvo porque consideraba que guardaba la ley perfectamente (Fil. 3:6); aunque debemos entender que esto incluyó el uso del sistema sacrificial para expiar los pecados que Pablo cometía de vez en cuando. A eso se refiere Pablo cuando escribe: *"yo sin la ley vivía en un tiempo"* (Ro. 7:9).

El problema fue que un día Saulo de Tarso comenzó a darse cuenta de que se estaba engañando a sí mismo. El pecado era mucho más serio de lo que él pensaba. No solo comenzó a darse cuenta de que codiciaba, sino que cuanto más trataba de no codiciar, más lo hacía (Ro. 7:8-11). La ley definía el pecado, pero no le ayudaba en la lucha contra el pecado. Por lo tanto, Pablo comenzó a darse cuenta de que no podía justificarse por medio de la ley; más bien, se sentía bajo condenación (ver Ga. 3:10-11a; Ro. 7:21-24). Fue una experiencia terrible para Pablo, similar a la que tuvo Martín Lutero.

Fue su desesperación personal que por fin hizo que Pablo dejara de confiar en sí mismo para confiar en Dios; específicamente en la provisión divina de justicia para los pecadores (Ro. 1:17). Una justicia basada no en los esfuerzos humanos, sino en la fe en Dios (Ga. 3:11; ver Hab. 2:4 y Gn. 15:4-6). Pablo descubrió que Dios quería que él creyese en el Mesías; específicamente en Su muerte en la cruz (Ro. 7:24-25; 3:21-22; Ga. 3:22 [ver v. 14, 18], 23-24).

Pero ¿cuáles son los elementos importantes de la justificación por la fe? Tiene varios aspectos que debemos entender.

- Cristo, por Su muerte, cargó con la maldición de la ley (Ga. 3:10, 13). Es decir, Él llevó nuestros pecados en la cruz. Esta es la importancia de la doctrina de la propiciación, que trata con el problema básico de la ira de Dios contra el pecado.

- Cristo, durante Su vida terrenal, guardó toda la ley de Dios a nuestro favor; por eso, nació bajo la ley de Moisés (Ga. 4:4-5).
- Cuando creemos en Cristo, Dios nos saca de estar "en Adán" y nos coloca "en Cristo"; de esa manera, todo lo que es cierto de Cristo, tanto en Su vida, como en Su muerte, resurrección y ascensión, viene a ser nuestro (Ro. 5:12-21; 6:3-6; 2 Co. 5:17; Col. 2:10-12; 3:1-4).

Muchos confunden la doctrina de la justificación con el perdón de los pecados. Piensan que la salvación viene cuando Dios perdona nuestros pecados. Pero como seguimos pecando, la pregunta surge: ¿algún día me dejará de perdonar Dios? ¿Podré cometer un pecado tan serio que acabará con mi salvación?

El concepto hebreo de 'perdonar' el pecado es 'cubrirlo'. En la antigua dispensación, lo que 'cubría' el pecado era la sangre del animal sacrificado. Pero esa sangre realmente no podía 'cubrir' el pecado; solo lo hacía ceremonialmente. Por eso había que repetir los sacrificios por cada pecado cometido. La gran diferencia de la sangre de Cristo es que por una sola ofrenda 'cubrió' todos los pecados de Su pueblo.

Por eso Pablo puede escribir: "*ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús*" (Ro. 8:1). El apóstol no está hablando de personas que simplemente han hecho una profesión de fe en Cristo, sino que "*no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*" (Ro. 8:1). Por los frutos conoceremos los verdaderos creyentes.

Hoy en día, temo que pocos creyentes realmente entienden la doctrina de la justificación. Indudablemente, lo mismo fue cierto a lo largo de la historia de la Iglesia; peor aún en el Antiguo Testamento. Entonces surge la pregunta: ¿es importante conocer esta doctrina? La respuesta es sí, aunque nuestra salvación no dependa de entenderla. Felizmente, somos salvos por fe en Cristo, no por entender la doctrina de la justificación. Si es así, ¿por qué el apóstol Pablo tomó tiempo para enseñarla?

- Porque Dios quiere que maduremos, y parte de la madurez espiritual es entender la salvación que tenemos en Cristo.
- La doctrina de la justificación es importante porque nos enseña cómo Dios nos salva y en qué consiste la salvación.
- Esta doctrina nos ayuda a entender cuál es el papel de nuestras buenas obras en la vida cristiana. No es para asegurar nuestra salvación, sino para glorificar a Dios.
- La doctrina de la justificación nos ayudará a evaluar si realmente somos salvos o no.
- La doctrina de la justificación nos ayudará a responder a Satanás cuando él nos ataca, cuestionando nuestra salvación después de haber cometido un pecado.
- La doctrina de la justificación concede al creyente una tremenda paz acerca de su condición espiritual.

9. LA DOCTRINA DE LA IGLESIA

Aunque el Señor mencionó la 'Iglesia' (Mt. 16:18; 18:17), el apóstol Pablo afirma que es un "*misterio*" revelado como parte del nuevo pacto (Ef. 3:3-11). En el

contexto de Mateo 16 y 18, el Señor está hablando del conjunto de creyentes judíos que le iban a seguir. El "misterio" revelado a Pablo es que *"los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y coparticipes de la promesa en Cristo Jesús"* (Ef. 3:6). El Señor aludió a esto en Juan 10:16 y estaba implícito en la Gran Comisión. Sin embargo, fueron los apóstoles que desarrollaron la doctrina de la iglesia (ver Ef. 2:11-22).

La doctrina de la Iglesia tiene varios aspectos importantes que eran nuevos y marcan una clara diferencia de la nación de Israel que fue el pueblo de Dios en el antiguo pacto.

- La naturaleza de la Iglesia (1 Co. 12:12-13).
- Los dones espirituales de los miembros de la Iglesia (1 Co. 12:4-11; Ef. 4:7, 11-12).
- El crecimiento de la Iglesia (Ef. 4:12-16).
- El propósito de la Iglesia (ver el contraste entre Dt. 4:5-10 e Is. 2:2-4 con Mt. 28:18-20 y Hch. 1:8).

10. LA DOCTRINA DE DIOS

Los apóstoles eran judíos; la base fundamental de su fe estaba expresada en el 'Shema' que inculcaba el monoteísmo (Dt. 6:3-5). La convicción de que Jesús era el Hijo de Dios encarnado rompió por completo el molde del monoteísmo judío. Además, a partir del Día de Pentecostés, los apóstoles estaban convencidos de que el Espíritu Santo era Dios, pero no era ni el Padre ni el Hijo. Poco a poco, la Iglesia comenzó a elaborar una nueva doctrina de Dios, que incluía el concepto de tres personas en un solo Dios. Algo ilógico humanamente; o por lo menos, totalmente desconocido. Sin embargo, era cómo Dios se había revelado.

Los apóstoles no elaboraron una doctrina sistemática de la Trinidad; sin embargo, comenzaron a referirse a las tres personas en varias partes de sus escritos. Esto contribuyó a la larga al desarrollo de la doctrina cristiana de Dios, que marca una enorme diferencia con la doctrina de Dios del judaísmo y de cualquier otra religión.

- El bautismo de Cristo (Mt. 3:16-17).
- La fórmula para el bautismo cristiano (Mt. 28:19).
- La repartición de los dones espirituales (1 Co. 12:4-6).
- La experiencia cristiana (2 Co. 13:14).
- La doctrina cristiana (Ef. 1:3-14).
- El saludo de Juan a las siete iglesias (Ap. 1:4-5).
- El mensaje a Tiatira (Ap. 2:1, 27-28).
- El mensaje a Filadelfia (Ap. 3:12-13)

Conclusión

Los cuatro Evangelios nos ofrecen un cuadro confiable históricamente de lo que el Señor hizo y enseñó. Durante los primeros años de la historia de la Iglesia, los apóstoles comenzaron a reflexionar sobre las implicancias de la afirmación de que Jesús de Nazaret, que fue crucificado, resucitó y ascendió al cielo, es el Mesías prometido en el Antiguo Testamento. La *"doctrina de los apóstoles"* es el resultado de esa reflexión espiritual, que se encuentra plasmado en las epístolas, y ha dado lugar a todo el cuerpo de teología histórica, sistemática y dogmática que la Iglesia ha elaborado durante sus dos mil años de existencia.